



Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



Manuel del Palacio, Caricatura de LEAL DA CAMARA



Siempre combatiendo al lado
del Arte y la Libertad,
fui trovador inspirado.
Hoy día, una *nulidad*
me declara jubilado.

Y han de darme la razón
si relato su proeza
con terrible inspiración:
...¡Cómo ha de tener *grandeza*
quien no tiene corazón!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Justo castigo, por E. López Marín.—Géneros supernacionales, por José de Laserna.—Hurto con alevosía, por Nicolás de Leyva.—¡A un repatriado taurino!, por Florete.—El segundo apunte, por Eduardo de Palacio.—Los lechoncillos prohibidos, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Cantares, por Rafael Basallo y Valenzuela.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Manuel del Palacio, caricatura de Leal da Camara.—Un buen negocio, por Cilla.—De gira, por Medina Vera.—Lo desconocido, por Rojas.—Tipo granadino, dibujo del natural, por López Mezquita.



De Todo un Poco

Los aficionados a la música *modernísima* están de enhorabuena.

El maestro d'Indy ha venido a darles a conocer la última palabra en punto a procedimientos extraños y a resolución de problemas melódicos.

Durante el concierto del domingo, los revolucionarios del arte experimentaron emociones nuevas en presencia de aquel dulce galimatías y exclamaban a cada paso:

—¡Oh, qué hermoso! ¡Qué grande es todo esto!

—¡Pero usted lo entiende?—hube de preguntar a uno que se sentaba a mi lado.

—¿No lo he de entender? ¡Si esto es clarísimo!... ¡Oh, qué sublimidad! ¡Qué estruendo tan delicioso!

A mí me dolía la cabeza horriblemente y salí del teatro arrojando fusas por boca y nariz; pero es que yo no estoy iniciado en los secretos del arte modernísimo y ¡claro! no sé apreciar lo bello.

—Hay que oír muchas veces esta música para apreciarla en todo su valor—me decía un entusiasta.—Con esta música, pasa lo que con el agua de Loeches, al principio parece desagradable, pero después...

—Después, no se puede resistir—agregué yo.

—Eso va en gustos—replicó mi contrincante.—Yo tomo el agua de Loeches como postre y me gusta muchísimo.

Reconozco el mérito extraordinario del Sr. d'Indy y la maestría con que dirige; admiro su genio y me postro ante su ciencia musical; pero no consigo entenderle. ¿Seré torpe? ¿Tendré yo mal oído?

En cambio, Pepito Melindrín estaba loco de júbilo y arqueaba las cejas en señal de admiración cada vez que los músicos tocaban todos a un tiempo.

—¿Qué es eso?—preguntaba yo asustado—¿se ha caído la lucerna?

—No, hombre—me decía Pepito.—Es un acorde sublime.

Aseguran los idolatras del arte novísimo que la música lo expresa todo, absolutamente todo, por difícil que parezca.

El otro día la orquesta ejecutó un pasaje en que se describe el *sermón grotesco de un capuchino*.

Y decía un entusiasta:

—No se puede hacer nada mejor. Parece que está uno viendo al

capuchino encima de una cesta, con la capucha torcida echando un sermón plagado de sandeces.

—Si—añadía otro—se le ve «materialmente» gesticular.

—Y rascarse la nariz con el dedo gordo—añadió yo.

Ya tiene imitadores el famoso músico extranjero. Conozco un compositor de aquí que está haciendo una trilogía ó cuatrilogía (no estoy seguro de si es *tri* ó *cua*), donde hay un pasaje titulado: *Las molestias producidas por la fiebre catarral entre los habitantes de un pueblo de la provincia de Gerona*.

Los que conocen la composición aseguran que es bellísima y que en ella se perciben claramente las toses de los vecinos, ejecutadas por los fagots, y hasta la destilación nasal, que corre a cargo de los violines segundos.

Desde que se ha descubierto la música «en virtutas», como la llama un amigo mío, todo lo que aplaudíamos antes ha pasado a ser ridículo y ñoño.

Ahora lo que priva es lo ininteligible. En cuanto oímos una melodía clara, sentida y tierna, nos echamos a reír diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué cosa tan cursi!

Pero se arma un baturrillo espantoso en la orquesta: unos instrumentos gimen, otros lanzan carcajadas, aquéllos rujen, éstos silban, los de más allá eructan y entonces ¡oh, qué grandiosidad, oh, qué belleza! Lo que dice Pepito Melindrín:

—Desde que está de moda este género musical, le he cogido una rabia a Bellini que no lo puedo ver, y en cuanto a Rossini, si le viese delante en este momento... ¡las cosas que le iba a decir!...

Yo no sé qué opinión tendrán sobre esto los apreciables esquimales del Retiro; pero de seguro les gusta más la jota de los *ralas* de *La Gran Via* que *Los maestros cantores*; y en este punto yo soy también esquimal.

—¿Pero son esquimales auténticos?—me interrumpe mi vecino don Atilano, que duda de todo.

—Hombre, yo creo que sí: aquellas caras no se falsifican—le contesto.

—¿Quién sabe?—replica el hombre de la eterna duda.—Ya habrá usted oído lo que pasó con los *aschantis* que nos visitaron hace poco.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que no eran *aschantis* legítimos ni mucho menos. Casi todos procedían de Lugo.

—¡Demonio!

—Si señor.

—¿Y aquella tez bronceada?

—Era teñida.

—¿De manera?...

—Que nos han engañado como a chinos. Yo estoy al corriente de todo. Uno de aquellos famosos *aschantis* está ahora en Betanzos y es diputado provincial; otro se casó con una señorita huérfana, de esas que se anuncian en los periódicos, y otro tiene un estanco en el callejón del Perro... Ya verá usted como sucede algo parecido con los esquimales. El día menos pensado resulta que son de aquí y que se han puesto unas zaleas para sacarnos el dinero haciéndose pasar por habitantes del Polo. Créame usted, amigo mío, no hay más que un Polo verdadero.

—¿Cuál?

—El de Orive.

LUIS TABOADA.

JUSTO CASTIGO

No te aflijas mujer ¡tú lo has querido!

¿A qué viene esa pena

si todo lo que lloras...

era *muy natural* que te ocurriera?

Te advertí los peligros

que arriesgaban tu cándida pureza.

Tú, casi te burlabas

y me llamabas *cursi* a boca llena

porque yo censuraba tus deseos

de bailes y de fiestas.

Tú querías volar, correr sin tino

en pos de cosas nuevas,

soñando con encantos misteriosos

que agitaban la sangre de tus venas.

Venció tu loco afán. Ya has satisfecho

todas tus impaciencias.

Te lanzaste, por fin, al torbellino

y en la lúbrica fiesta

has mariposeado

dando gritos y vueltas

lo mismo que una loca

en plena exaltación de su demencia.

El ambiente, la luz, aquel bullicio,

los ecos de la orquesta

los vapores del vino que al momento

de surgir se condensan

en nube de brutales palabrotas

insultos y peleas,

atropellaron tu infantil cerebro

y allá, dentro de tí, por vez primera,

riñeron una lucha encarnizada

tu afán y tu inocencia.

Creíste disfrutar ¡y te engañaste!

quisiste enloquecer y no fué cierta

toda la dicha que soñaba entonces

tu falta de experiencia.

En alas de tu ciega fantasía

te lanzó el huracán de tu torpeza

y hoy lloras, te arrepientes

y sufres porque piensas

que una noche de baile era bastante

¡para toda una vida de tristezas!

Pero ¿qué vas a hacerle?

¡Pobre niña!... ¡Paciencial!...

Debió ser, por lo visto,

un puñetazo con la mar de fuerza

porque tienes el ojo, criatura,

igual que una ensaimada de tu tierra.

E. LÓPEZ MARÍN

Géneros supernacionales.

De punto ó de superpunto,
es decir, de punto doble,
marca *Don Pompeyo*—no
la zarzuela que se pone
en Jovellanos—el otro,
sin música, el superhombre,
en Gener, que fusiló
á Nordau y otros autores,
(lo que más bien que de un *super*
es propio de un *infra*. Conste.)

¡Tan sólo por unos días!
¡Vayan y vean, señores!
La *Tarrasa* literaria,
fábrica, almacenes, *docks*,
existencias sin salidas;
pasen, pidan, pujen, soplen.

Artículos sociológicos
(vistas de hilo y de jole!
puro algodón que destiñe
y pinta bien.) ¡El disloque
en jergas para filósofos!

Especialidad en cortes
de la Historia, *cucurellas*,
figuritas de San Jorge,
saldo de polaviejistas,
inconcebible derroche
de supracráneos medidos
por el rasero de Robert;
artistas para la Habana
(con el arancel de molde),
orfeón recién templado,
barretinas, himnos, hoces,
y el canario más sonoro

que no canta donde come;
allá trina y aquí viene
á buscar los cañamones.

Terra baixa; ¡alza, trimestrel
Mar y cel; no pagues, cobres.

Nacionalistas variados,
ora al detall, ora en bloque,
Un *bisbe*—ejemplar precioso—
que llama en sus oraciones
Deu á Dios, y á Torreánaz

—que es el que le paga—*el conde*,
y armoniza de este modo
la libertad con el orden,
la nómina con la mitra,
y el báculo con el coche.

Periódicos ilustrados
de mujeres *an pelote*,
nalgografía, estetismo,
fiambres, refritos, golpes
á Zaratrusta, y todo ello
inadecuado, conforme
á don Pompeyo, *inactual*,
super-nacional que es *sobre-*
progresista, como algunos
interpretan estas voces,
al ver á esos que no cambian
la *bimba* de sus mayores
y se mudan las ideas
por la tarde y por la noche.

Es así que don Pompeyo
hasta se ha cambiado el nombre
y ahora es *Regener*, pues la
regener...ación se impone.

JOSÉ DE LASERNA

Hurto con alevosía.

(CUENTO DE AUTOS)

Firmaba Ildefonso del Olmo; sus compañeros, en aquella Audiencia territorial, le llamaban Olmo á secas, cuando estaba presente, y si se referían á él, en su ausencia, *la tiple de la compañía*, á causa de su voz de máscara, aguda y chillona, que parecía imposible saliese de aquel corpachón, y fuera emitida por unos labios rodeados de pelos hirsutos.

Quizás hubiera sido Olmo, en su sano juicio, un funcionario inteligente, celoso y probo, pero la falta indudable de varios tornillos en su máquina cerebral, dieron entrada en ella á varias *chifladuras*, que afectaban á la dignidad que requiere el uso de la toga con vuelillos y de la medalla del Ministerio fiscal.

Habitaba en la fonda, separado amistosamente de su mujer, que vivía, con tres hijos comunes, en un lugar del bajo Aragón; concurría asiduamente al Casino, del que era socio honorario, como todos los individuos de la magistratura en aquella capital; jugaba al billar diariamente, con un abogado joven del turno de pobres; tuteaba á todo el mundo, empezando por sus compañeros, y decía chicleos á las muchachas, sin reparar en su condición social.

En cierta ocasión, para dar palique á una tendera muy guapa, le compró dos piezas de cinta y media gruesa de botones para calzoncillos, que maldito si le hacían falta.

Pero su principal manía y la más persistente era esa: comprar, fuese lo que fuese. El sueldo apenas le bastaba para satisfacer su prurito de adquisición. Tenía á gala poder asegurar que él poseía cantidad ó número de las especies que se nombraban en su presencia, y aunque, á veces, le faltaban las cosas más indispensables, porque era tan dadivoso como adquirente, rara era la substancia, simple ó compuesta, del ordinario comercio de los hombres, que él no hubiese poseído.

Se hablaba de polvos para el cutis, de esarpas, de mantecados, de naipes... El tenía aquello, de superior calidad, y estaba dispuesto á regalarlo.

Al abogadillo que jugaba con él, incitábale continuamente á que fuese á la fonda, para llevarse un mazo de cigarros especialísimos de la Habana. Por cortesía, ya que no por otra causa más interesada, decidióse una noche el joven letrado á visitar á su contrincante en Estrados y... en carambolas.

La habitación estaba á oscuras. Olmo rascó un fósforo y fué á encender el quinqué; pero éste habíaselo llevado la camarera para aviarlo. Velas, *casualmente* tampoco las había, á pesar de lo bien provisto que se hallaba de todo; mas no se apuró, tenía allí una lamparilla y vertió en ella un frasquito de aceite balsámico, flor de té, que si alumbraba mal, en cambio, le había costado tres pesetas.

—Vengo á fumarme ese ponderado cigarro, don Ildefonso—dijo el abogado.

—¡Ah, sí! Lo prometido es deuda.

Y diciendo esto, dirigióse á la mesilla de noche, sobre la que se veía una caja de las de cigarros puros.

—¡Vaya un chasco!—exclamó, sacando el único tabaco que allí

había.—Como has tardado en venir, me los he ido fumando; pero todo puede arreglarse, verás...

Con un cortaplumas, dividió equitativamente el cigarro en dos mitades y alargando una de ellas al joven, le dijo:

—¡Qué diantre! Otro día fumaremos más.

En el ejercicio de su ministerio, solía demostrar Olmo una ignorancia inexcusable, no por falta de conocimientos, ni mucho menos por sobra de malicia, sino porque el aleteo de los pájaros que tenía en la cabeza, le embrollaban á veces las ideas.

Se contaban de él cosas verdaderamente notables. A lo mejor, cuando el presidente de la Sala le invitaba á que preguntase al que había de acusar, decía:

—Renuncio á la declaración del procesado.

Y el presidente replicaba:

—El Ministerio fiscal no puede renunciar á... eso.

Una vez devolvió al juez de un distrito un sumario instruido contra un cazador, que había matado una perdiz en propiedad ajena, con esta nota: «Demuéstrese la preexistencia de la caza en la finca.»

Sus compañeros reíanse de las «cosas de Olmo» y siempre estaban de broma con él.

El día en que iba á comenzar la vista de una causa, que había apasionado mucho á la opinión pública y en la que figuraban, como procesados, los hermanos Pedro y Luis Perales, los magistrados que constituían la Sala y el teniente fiscal, preveyendo una sesión larga, preparaban el estómago con bizcochos y vino de Jerez en un café inmediato á la Audiencia.

La tiple mojaba sus bizcochos, sin decir palabra, mientras los otros de *la compañía* charlaban alegremente de cosas de la profesión.

De pronto, el magistrado ponente en la causa, fijándose en el ensimismamiento de don Ildefonso, le dijo:

—Me parece, Olmo, que hoy tienes la cabeza llena de *Perales*, pero sin peras.

—¿Y eso?

—Hombre, porque no hay que pedirle peras al *Olmo*.

Como se vé, el ponente tenía ciertas disposiciones para la literatura cómica del teatro por horas.

Otro día, Olmo calificó de *alevoso* un hurto, como hubiera podido apreciar la circunstancia de escalamiento en un delito de lesiones.

Indudablemente recordaba la frase á *traición* y *sobre seguro* que emplea las Partidas para definir la alevosía.

Tratábase de una mujer, en extremo simple, á quien un individuo había hurtado un sobre con dos billetes del Banco, de cien pesetas, que ella llevaba guardado en el pecho para mayor seguridad y aquí del *sobre seguro* que decíamos antes.

El hecho de autos ocurrió en el tren. La mujer habíase adormecido y el procesado, que se hallaba junto á ella, aprovechó la ocasión y le sustrajo el sobre, introduciendo la mano por debajo de la toquilla, que la viajera llevaba cruzada al pecho.

—¿Usted no notó que le introducía la mano?—preguntóle Olmo, en el acto del juicio.

—Sí, señor; ¡vaya que si lo noté!—contestó la declarante suspirando.

—¿Y por qué no repelió usted al procesado, ó cómo no dió usted un grito; algo, en fin, de lo que se hace en esos casos?...

—Mire usted: porque creí que venía con buena intención. Como estaba adormilada, no me acordé, al pronto, del dinero.

NICOLÁS DE LEYVA

¡A un repatriado taurino!

¡Salud, chico, y bien venido!
Sé que tornas satisfecho
de la excursión, y que has hecho
en Méjico mucho ruido,

Que es enorme tu botín;
que has matado de *verdad*
y dejas buen nombre en la
patria de Guatimozin.

En unión de la Guerrero
dais lustre á la raza hispana,
y en esa tierra lejana
obtenéis gloria, y... dinero.

Es por tanto, ley juiciosa,
que al volver se os agasaje,
porque España con el viaje
también sale gananciosa.

María, actriz de talento,
en sus jornadas brillantes,
del idioma de Cervantes
difunde el conocimiento.

Y alzando sobre el pavés
nuestra hidalga tradición,
enaltece á Calderon,
á Echegaray y á Sellés.

Vosotros, en lucha igual
con el público severo,
honráis al arte torero,
¡nuestra fiesta nacional!

Y si la res, con cabeza,

os acosa y os apura,
hacéis gala de bravura,
y hacéis gala de destreza.

No hay Zóilo aquí que no grite
contra el toreo y la escena,
sin ver que vuestra faena
es el único desquite.

Que del suelo americano
nos han ehado á empujones,
porque no tuvo cañones
el gobierno castellano.

Ya que sin una cogida
con la muleta repleta
vuelves, permite á un *maleta*,
que celebre tu venida.

Niembro, el primate taurino,
está arreglando el cartel;
puedes figurar en él
en clase de ultramarino.

La lista no está completa,
conque llega, y solicita;
para el hueco de Guerrita
ofrécele tu coleta.

Y si Niembro anda remiso
para contratarte, chilla,
¡y entrarás en la cuadrilla
de Costa y de Paraíso!

FLORETE

Un buen negocio, por CILLA



1.—Mengánhez, poeta cómico, está desesperado, con un flemón, sin una peseta y sin vislumbrar un cocido por el horizonte.



2.—Abatido y desesperado vuelve a su casa y encuentra una carta tras de la puerta.—¡Cielos! ¿qué será?



3.—A vuelta de muchos elogios, le piden una composición festiva, para el primer número de un semanario próximo a publicarse.

El segundo apunte.

—¿Qué será de Severiano? ¿Os acordáis? Aquel segundo apunte.
—¡Ah! Se fué á América, no sé si con la compañía de la Tubau ó con Burón ó con quién, hace más de tres años.

—Más, ya lo creo; estuvo conmigo en varios teatros.

—Sí, el año que recorristeis los principales de Europa, Asia y el Marroc.

—Búrlate, Talma.
—Y regresásteis á Madrid cubiertos de laureles y putrefactos de dinero.

—Eso se queda para tí; yo no soy eminencia como tú, que lo mismo haces el *Traidor y confuso y madre*, que *El cabo primero* y *Hamlet* como *Diego Corrientes*.

La verdad era que en los círculos artísticos de poco pelo, donde Severiano contaba todas sus relaciones de amistad y de compañerismo, no se había vuelto á saber de aquel segundo apunte, que habría sido un *Coquelín aisé ó melé*, en caso de tener voz y otras condiciones naturales.

Los cómicos movilizados le recordaban alguna vez, porque había viajado con ellos, recorriendo teatros de última clase con empresas que quebraban, indefectiblemente, ó «á partido», como ellos dicen, y los resultados eran siempre los mismos, *la débacle*.

Hasta que resolvió no dejarse llevar como solía.

—Yo no soy hombre de partido—decía—ni de empresa insolvente.

Severiano continuó en América, por no aventurarse á regresar á nado á la madre patria.

Y siempre de segundo apunte; prudente, callado, sumiso, activo. Sufrió á las damas y á las tiples y aun procuraba excederse en finura; y aguantaba á los galanes y hasta á los actores cómicos y á los tenores, baritonos, bajos y á los más bajos.

Severiano era el alma de las compañías.

Los artistas le consideraban como una necesidad; y efectivamente, no era una, sino varias necesidades las que no solía tener cubiertas el infatigable traspunte.

El director de escena, descansaba en Severiano; todos descansaban en él y él nunca descansaba.

Con el ejemplar de la obra que habían de ejecutar aquellos bandidos, iba pidiendo decorado, «mobiliario», objetos necesarios, como las pistolas, el recado de escribir ó cualquier otro recado, el reloj, la pipa, el busto ó el estoque, la muleta y las banderillas, si la obra era taurina.

Solía ocurrir que no hicieran caso de sus peticiones los encargados de la guardarropía ó los *atrezistas*.

Y hubo ocasión, en que por no haber cargado una pistola que de-

bería disparar una actriz, para matar á su esposo—género modernista—tuvo que imitar Severiano, con la voz, la detonación del arma, con tanta verosimilitud y oportunidad, que la concurrencia lo celebró como merecía.

—¡Pum!



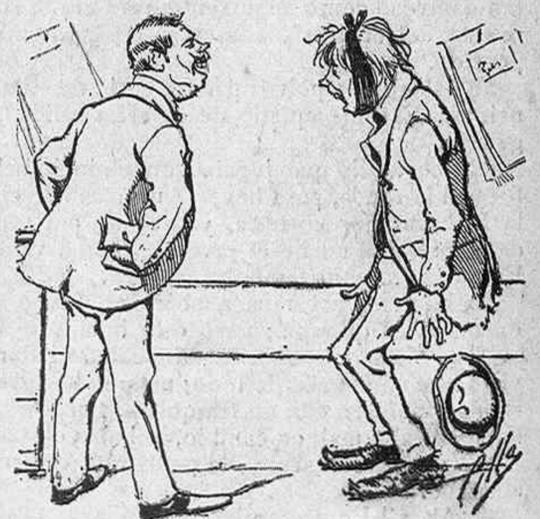
DE GIRA, por Medina Vera.—¡Por Dios, Juanita, que se te ven las medias!...



4.—Y olvidando su flemón y sus desventuras, emprende la tarea, porque ¡ay! ve u.1 almuerzo en lontananza.



5.—Se la lleva al director, quien la lee entre carcajadas. Mengánhez, emocionado, divisa un bistek ideal con muchas patatas.

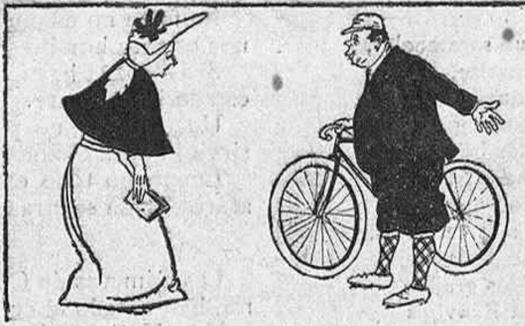


6.—Bien; como el periódico está empezando, no podemos pagar; pero usted siga remitiendo coplas, ¡hombre feliz!

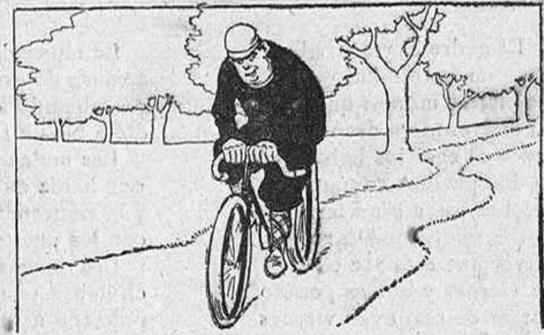
Lo desconocido, por ROJÁS



1.—Cuando me vea esta tarde se enloquece. ¡Vaya si se enloquece!



2.—Hermosa estáis, cual sol de primavera. ¿Váis al Retiro esta tarde, lirio del valle?



3.—Ella es de ley y me esperará. No sabe lo que la guardo yo...

Y del público salió alguna voz que dijo:
 —¡Chucho! ¡Fuera, perro!—creyendo que ladraba alguno.
 —Severiano, tráigame tabaco, que se me ha olvidado comprarle al venir al teatro. Ya sabe usted lo que yo fumo.
 —Severiano, téngame usted al niño, mientras salgo á escena.
 —¿Y si llora?
 —Déle usted algo.
 —¡Señora! ¿Quiere usted que yo sea nodriza?
 —Severiano, hágame usted el favor de girarme estos cien pesos á España; ahí tiene usted las señas y el importe del cambio. Cuidado no los pierda usted ¿eh? Mucho cuidado, Severiano.
 —No tenga usted miedo, señora, no me escapo con este capital. He manejado mucho más y nadie ha tenido que decir de mí que me he manchado en mi vida.
 —Bien, hombre, bien; pero la previsión no huelga.
 —Ni yo tampoco.
 —Severiano, en acabando el ensayo va usted á escribirme una carta.
 —¿A usted, Consuelito?
 —No, hombre, á mi papá, como yo no uso la ortografía...
 —Ni la prosodia; ya lo sé.
 —Y mamá menos.
 —Su mamá ya no usa nada.
 —Cuando lleguemos á sus años...
 —Si, ya no tendremos ni sintaxis, ni vergüenza; ya lo entiendo.
 —¿Cómo?
 —Es un decir, hija mía.
 —Mi pobre papá estará intranquilo, ya ve usted, después de tres meses sin ver letra nuestra...
 —Pues si le escribo yo, tampoco la verá, ¿ó se refiere usted á letra de cambio?
 —A una y otra.
 Pero todo tiene su limite en el mundo.
 Aquel Severiano tan útil, tan servicial, tan humilde, que era el secretario, el amanuense, el niñero, el ayo, todo, para las compañías, hartó ya ó perdido el seso por tanto sufrimiento, se sublevó una noche.
 Nadie había advertido en él variación alguna.
 Severiano estaba á la sazón en una compañía dramática, no sé si en Buenos Aires ó en Montevideo ó en Lima.
 No recuerdo qué drama degollaban, aquella noche, «los artistas».

Uno de los personajes había de sacar á escena una escopeta. Severiano le dió la salida, obligándole á presentarse en escena con una escoba.

—¿Pero qué es esto?—preguntó el actor.
 —No hay otra cosa—replicó indignado el segundo apunte, y de un empujón le sacó á escena.
 —Nos veremos; esto es una burla.

—¡Fuera! ¡Fuera!
 —A ver—continuó—señora Pérez, usted saca esto y prevenida.

—¿Pero, Severiano, está usted loco?
 —No tengo gana de conversación.

Y echando sobre los lomos de la característica unas alforjas, un portiere y una espuerta, la empujó desde la caja primera, y gritó:

—Fuera, señora Pérez, fuera. La infeliz cayó de bruces con la carga.

Idéntica faena hizo con otros artistas, el segundo apunte, sin que pudieran explicarse á qué obedecía aquello.

Después se oyó el toque de campanas y resonó el trueno y rugió el viento y hubo relámpagos.

La concurrencia no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos. Primeramente protestó, luego lo tomó á risa.

Los actores, indignados, iban á salir para enterarse de lo que causaba aquel escándalo, cuando se presentó Severiano acompañado por cinco ó seis comparsas, vestidos de soldados franceses del Imperio, y emprendieron á sablazos con los artistas, hasta desalojarlos de la escena.

En medio del aplauso del público, ya de buen humor, se adelantó el segundo apunte y dijo con afecto de modestia.

—La obra que hemos tenido el honor de representar, es original de este humilde servidor, aunque me esté mal el decirlo.

Cuando Severiano volvió en sí—como él decía—se encontró con la camisa de fuerza.

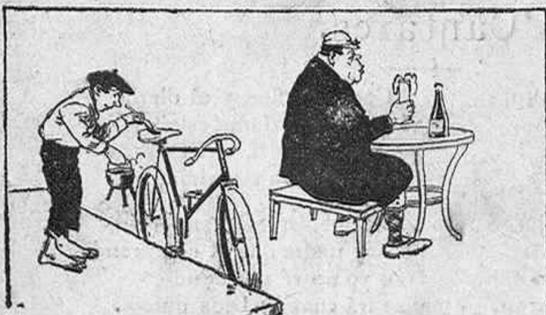
Y le costó mucho trabajo convencer á sus compañeros de que aquello había sido una broma.

Pero desde entonces le miraron con «cierto respeto», por si acaso.

EDUARDO DE PALACIO



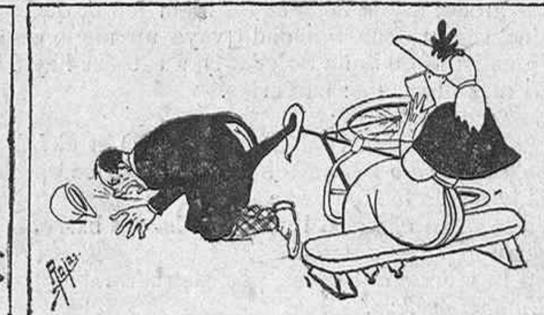
TIPO GRANADINO.—Dibujo del natural, por López Mezquita.



4.—Preparémonos con cerveza.



5.—A los pies de usted, Rosita.



6.—Beso á usted... ¡¡Jesús, María y José!!

Los lechoncillos prohibidos.

El padre Zarzaparrilla, capellán estafalario de ciertas monjas que tienen su convento en despoblado, junto al cual los habitantes de los pueblos comarcanos celebran una gran feria el día nueve de Marzo, al ver que esta vez caía en viernes y que es pecado comer de carne los viernes de cuaresma y recordando que allí se hace gran consumo de lechoncillos asados, dijo al alcalde del término donde está el convento: «Pablo lo mismo que dá usted reglas mediante un severo bando para conservar el orden y reprimir los escándalos, ogaño agregue usted este artículo extraordinario: «Queda prohibida la venta de lechoncillos. En cambio habrá puestos de besugos con ó sin el ojo claro.»

Llegó el día, y el alcalde la indicación acatando del cura, llamó á la guardia civil y la dió el encargo de perseguir á los pobres lechoncillos y llevarlos á la cárcel. De resultas se armó un motín de mil diablos, pues suelen ir á la feria muchos despreocupados de esos que comen chorizos el jueves y el viernes santo; y entre éstos y los sujetos que abusan del vino malo y la gente alegre, siempre dispuesta á la bulla, armaron tal *jollín* que en un momento ví por el aire volando juguetes y peladillas, naranjas y escapularios, castañuelas y pucheros, cestas, gorras y silbatos.

Los pobres guardia civiles (dicho sea sin faltarlos) eran impotentes. Como que no había más que un cabo con dos ó con tres parejas ó todo lo más, con cuatro.

Creció tanto el vocerío que era imposible aguantarlo y más de doce romeros salieron despanzurrados.

La mujer de un sacamuélas, á causa del sobresalto, no sabiendo lo que hacía dió á luz un robusto gato.

Las mulas y los borricos que había allí, se espantaron y la emprendieron á coces con los puestos más cercanos.

Las monjas desde las rejas chillaban como los grajos, pidiendo á Santa Eduvigis perdón para aquellos bárbaros.

En sus cestos los besugos se hallaban muy *escamados*, Los organillos perdieron sus manubrios; se quedaron los ciegos sin sus bandurrias, y fué tal el zafarrancho, que hasta quedó allí el Tío-vivo medio muerto á garrotazos, y tras una horrible mezcla de insultos, gritos, desmayos, maldiciones, bofetadas, vivas, muéras, culatazos y otros varios pasatiempos, quedó convertido el campo en un campo de *agravantes*, como dice mi criado.

Pasó el turbión y á sus pueblos todos los romeros, hartos de chillar y comer lomo, lechoncillos y embuchados revueltos con escabeche de besugo y bacalao, se fueron yendo conforme se fué la noche acercando.

Cuando quedó aquel paraje silencioso y solitario, llegué al muro del convento, tan curioso como cauto, miré por una rendija de la ventana del cuarto del cura, y éste cenaba todo triste y cabizbajo diciendo:—«Virgen Santísima!

No es mal belén el que he armado por no permitir cochinos en la feria!» Y la Rosario, su sobrina, le animaba mientras le servía un plato de... ¿de qué dirán ustedes? Pues ¡de lechoncillo asadol!

Sé que esto no tiene gracia; mas tiene un mérito, en cambio: el de ser un hecho histórico rigurosamente exacto.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Palique.

Lamenta la señora doña Soledad Gustavo que vaya á parar España «á lo que paró Grecia». (Grecia ¿paró á ó paró en? Los libertarios ¿no creen en la sintaxis?) Y ¿á qué paró Grecia, ó en qué paró? «A la castradura de todo».

No; ¡que no se le hable á doña Soledad de castrarlo todo!

Tiene razón. Una vez castrado todo, ¿qué íbamos á hacer del amor libre, que es uno de los dogmas de doña Soledad?

Yo no quiero averiguar ahora si en Grecia quedó todo castrado; lo que sí digo es que, según doña Soledad, «el que vive castrado, vive sin fuerza, amor ni voluntad».

Claro; y con vilipendio.

De modo, que á ustedes los madrileños, que son los que están castrados, según doña Soledad (¡vaya un modo de señalar que tiene el regionalismo de doña Soledad!), á ustedes hay... que barrerlos.

Ni más ni menos: barrerlos.

Lo dice la *apóstola*:

«La aristocracia (habla de Madrid) es el *bebé* de la mascarada; el pueblo el *payaso* impenitente; los dos se completan. Barrer á ambos es la labor de los fuertes.»

Ya lo oyen ustedes. Doña Soledad los barre.

Pero no para dentro...

No lo merecen ustedes, por castrados.

¡*Ta day, probezal!*

En cambio, el Sr. Paraíso y los suyos dicen en un manifiesto reciente que á España «hay que partearla».

La frase no es muy fina; pero como la regeneración de ultramarinos es para hombres solos, hay que perdonar lo crudo del estilo.

Si á España hay que partearla, es señal de que alguien la... puso en estado interesante.

Un espadón, no pudo ser. (Espadón, doña Soledad, es el que no sirve ni para el amor libre ni para el oficial).

Luego no todo está tan castrado como opina, con un pesimismo aterrador, la señora Gustavo.

Las Cámaras de Comercio, con mejor ojo que la escritora libertaria, han notado el embarazo de la madre Patria.

Y la *Unión nacional*, se declara *sage femme*.

Que era el oficio de la madre de Sócrates.

De modo, que ya tenemos un Paraíso-Fenaretes.

—Mi madre Fenaretes, decía Sócrates, ayuda á parir á las mujeres; yo tengo el oficio de mi madre; ayudo á parir... ideas.

Ahora tenga la *Unión nacional limited* cuidado de no convertirse en una Fenaretes... de ratones.

Pero, dejemos las impurezas de la realidad, y vamos con doña Emilia Pardo Bazán, que es una vestal comparada con la *Unión*, á las regiones de la poesía descriptiva, y, de camino, á Elche y Orihuela.

Ya he dicho días pasados, que siempre que tenga que censurar algo de algún autor ilustre de veras, como doña Emilia, lo haré con el mayor respeto y sin pizca de broma.

Todo lo que sigue va dicho con muchísimo respeto y sin chanzas impertinentes.

Y empieza doña Emilia: «¿De qué color era el tejido de mi imaginación cuando el tren me llevaba *hacia* Orihuela, donde no pensaba detenerme—ó mejor dicho—donde no tenía tiempo de detenerme algunas horas?»

Señora; yo no lo sé. Pero no me parece puñalada de pícaro la necesidad de que la imaginación sea un tejido... á no ser cuando resulta un tejido de disparates; ni veo por qué ha de tener color: ni tampoco se me alcanza por qué está mejor dicho lo de no tener tiempo para detenerse que lo de no pensar detenerse.

Las dos cosas son compatibles. Si usted no tenía tiempo para detenerse, es natural que no pensara en tal cosa.

«Sonreía de aquella *boutade* ó humorada.»

Señora, *sonreía de* no es castellano. No dé usted mal ejemplo. Si usted, que vale mucho, dice *sonreía de*; ¿cómo doña Soledad, que no vale nada, no ha de *parar á*?

Verdad es que la Academia opina que sonreír es «reír un poco». Pero no hay tal cosa; porque el que ríe un poco, ríe; y sonreír es otra cosa... que no explica la Academia.

Por eso está bien *reírse de* y no *sonreír de*.—Y *sonriase usted de cuentos*.

«Bajo este celaje dramático y sombrío.»

No comprendo un celaje dramático... á no ser en las bambalinas del teatro.

Verdad es que, según Hamlet, en las nubes se ve lo que quieren los poderosos.

Dice doña Emilia que, según un inglés, en Orihuela se imaginaba situado «el *Paraíso perdido*» de Milton. El *Paraíso perdido* de Milton es un poema, señor inglés; y lo que usted querría decir no es el *Paraíso perdido* sino el Paraíso propiamente tal.

Por cierto que doña Emilia, se figura el Paraíso á manera de *selva virgen de inextricables senderos*. ¡Vaya una virginidad la de una selva llena de senderos!...

Además, ¿quién habría de hacer los senderos en el Paraíso? ¿Adán y Eva solos? No es de suponer.

Senderos, inextricables ó no, los tendrá el otro Paraíso, no el de Milton, el de Costa, Alba y Compañía, y puede que el tal Paraíso, acordándose de sus antiguos idealismos republicanos, que nunca le hicieron dictador, al verse ahora cerca del poder, por caminos—ó canales—tan diferentes, exclame con el poeta:

Dichas que no merecí
en cambio de amor sincero
¡por tan obscuro sendero,
qué tristes llegáis á mí!

CLARÍN

Cantares.

Unas veces por ser pronto,
y otras veces por ser tarde,
nunca pasar he podido
de la dicha los umbrales.

A muchos les pierde el juego,
á otros beber demasiado,
y á mí me pierde el querer
porque á querer me enseñaron.

Cogí una flor, y al olerla,
ví que sin perfume estaba;
me acordé de tí, que eres
hermosa, pero sin alma.

Esta penita que tengo
no hay nadie que la comprenda,
vino yo no sé por donde,
y se irá cuando Dios quiera.

RAFAEL BASALLO Y VALENZUELA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. V.—*Madrid*.—Nunca dudé que usted ignoraba la *coincidencia*. ¡No faltaría más! La composición *coincidente*, se publicó en *El Domingo*, semanario que dirigía Pérez Zúñiga. Admitida la que remite usted ahora.

CARDENIO.—Mande la firma. Publicaremos el *Cuento*.

IMPERTINENTE.—No conviene recriminar á las ingratas en versos. No suelen hacer caso á los poetas. Está probado.

A. S.—*Madrid*.—No sirven esas *Rimas*. Este género de composiciones requiere dentro una idea grande. Si no hay ideas, resultan el famoso guiso de liebre sin liebre, que dijo el otro.

I. D. O.—*Barcelona*.—Macarrónico estáis, por vida mía.

ULISES.—

Me gustan sus *Arenitas*,
pero debe usted ampliar
el número, pues son pocas
arenas para este mar.

Y de paso envíe también la firma.

PINACHO.—*Gijón*.—Rediós; pues me parece que no va usted á ver ninguno de sus epigramas en MADRID CÓMICO.

EL VERDADERO ZARAGOZANO.—*Santander*.—Envíe usted la firma para la *Charada* y para *La Venus de Mármol*.

Así no dirá usted que abuso de mi intransigencia *cuasi* proverbial.

MARZO.—Por una vez, sí señor. Venga esa carta en prosa para *Clarín*. Los versos blancos que titula *Poesía nueva*, están muy bien hechos, pero no encajan aquí, porque carecen de ambiente cómico.

A. S. D.—Ahí va el primer epigrama:

A su marido, Rosita
le maltrata, pega y grita.
Por eso dice el berrinche
que con ni sin alfiler,
es imposible prender
á Rosa que tanto pinche.

¡Muy bonito! ¿Usted sabe lo que es berrinche? Voy creyendo que no.
INCÓGNITO.—*Bilbao*.—Pica usted más que la pimienta. Hay que comprirse.

V. L. DEL P.—*Valladolid*.—Para dirigirse á *Clarín*, basta poner en el sobre su nombre y apellido y la capital donde reside: Oviedo. El soneto no sirve.

R. R.—*Madrid*.—Excesivamente incorrectos.

C. T. B.—*Madrid*.—Poca gracia y forma inadmisibles. ¿Me explico?

F. C. S.—*Madrid*.—No señor, no puedo publicarla.

I. F.—*Madrid*.—Los acrósticos estaban ya mandados recoger «cuando Fernando VII gastaba paleté». Figúrese usted hoy.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

DR. GARRIDO

Curarse del estómago con otros remedios ó tratamiento que el de esta Casa, es desconocer la verdad más conocida y proceder con perjuicio. Y comprar específicos españoles en las farmacias de sus autores, es igual á comprar lo mismo exactamente, sólo que más caro. Ejemplo: Estómago Artificial: su autor, 16 y 30 reales caja. Aquí, 15 y 28. Y así todos.

Luna, 6

CANTAR POPULAR

Para jardines, Valencia,
Madrid para divertirse,
y para buenas camisas
las de casa de MARTÍNEZ.

2, SAN SEBASTIÁN, 2

LO MEJOR PARA EL PELO

PETRÓLEO

GAL

ECHEANDÍA

2, ARENAL, 2

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO

No contienen calmantes nocivos.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
Caja, una peseta.

CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE

Tratado teórico práctico, por D. Santiago Rodero y Agudo y D. César Calvo Rodero. Obra de gran utilidad por su exposición clara y razonada, desarrollada prácticamente, simulando un modelo de contabilidad. Con este libro puede imponerse cualquiera en materia tan importante. Los suscriptores pueden recoger el resto de esta obra en casa del Sr. Calvo, Claudio Coello, 42, Madrid. De venta en las principales librerías.

LORENZO PÉREZ, Sastre

Antiguo cortador de la casa *Munsuri*, *Montera*, 8, entresuelo. Uniformes civiles y militares.—Libreas.—Abrigos de señora. Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composturas, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

LA VIÑA P. P. W.

NUEVO COLMADO AL ESTILO DE SEVILLA Y CÁDIZ
Especialidad en mariscos.—Pescados fritos, calientes á todas horas.—Vinos y licores de las mejores marcas.—Habitaciones cómodas é independientes.

Abierto toda la noche. VISITACIÓN, 7. Hay entrada por el portal.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS FÚNEBRES

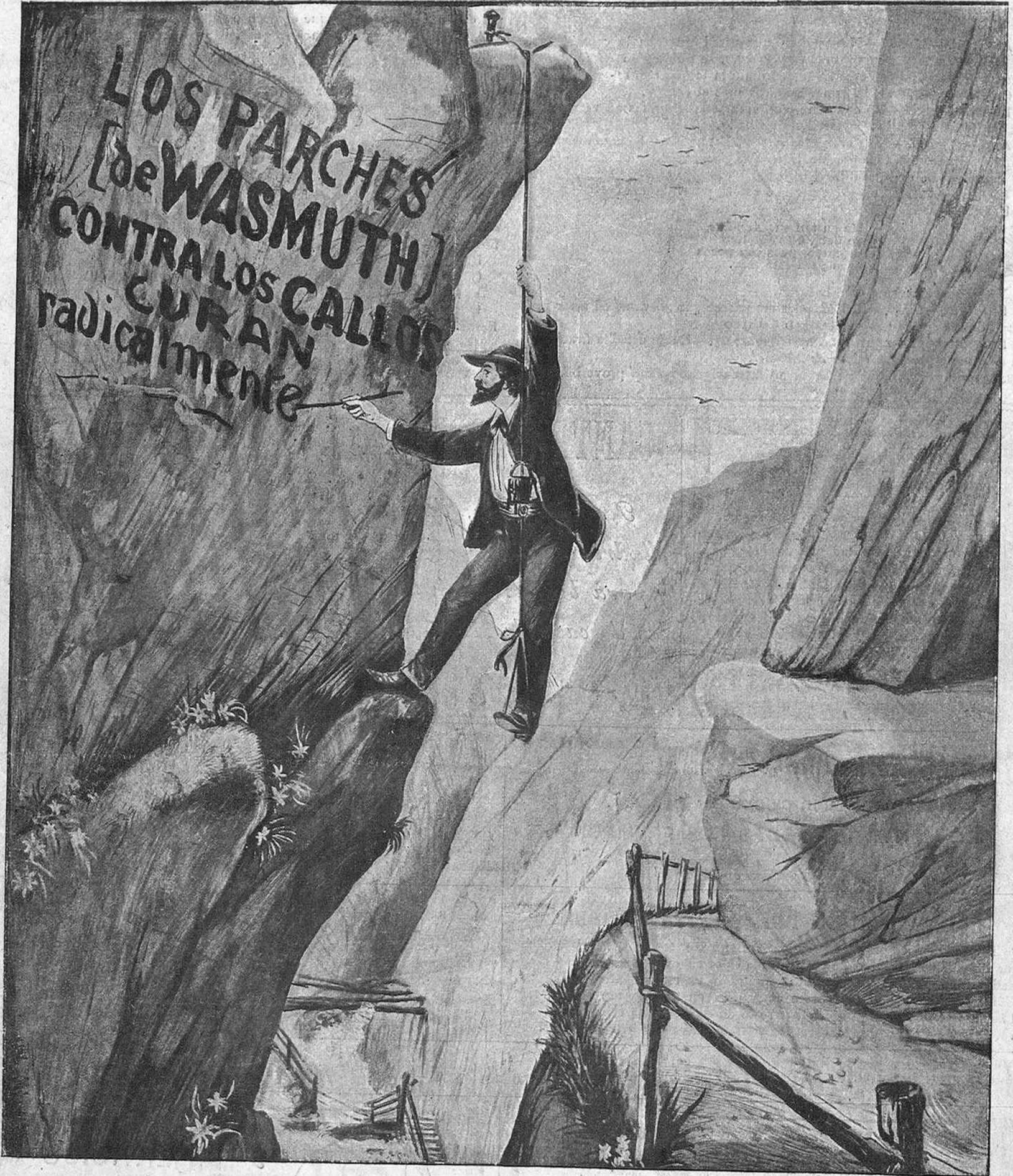
La Soledad

DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO 205

PERLA ESTÓMACAL

estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu.

de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del



EL PINTOR DE LOS ALPES

El que quiera librarse para siempre de las dolencias y males que le causan los callos y durezas de los pies, recurra á los **Parches de Wasmuth**. Estos parches ó anillos extirpan radicalmente los callos en tres días, sin el menor dolor. El envase, en forma de reloj y con el nombre de **Wasmuth**, es la prueba de su legitimidad.

De venta en las farmacias, droguerías, bazares, perfumerías y zapaterías, al precio de **DOS PESETAS** cada reloj con 14 parches.

Casa fundada en 1730.

PEDRO DOMECCQ

Jerez de la Frontera.

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José García Arrabal,

MONTERA, NÚM. 12, 2.

Puntos de venta de los vinos de Domecq:

Alcalá, 17; Barrionuevo, 6; Barquillo, 12; Hortaleza, 15; Mayor, 32; Montera, 55; Paseo de Recoletos, 21; Peligros, 10 y 12; Preciados, 8; Sevilla, 16, y en todos los principales ultramarinos y almacenes de vinos.

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.